

JOSÉ DONOSO

CASA DE CAMPO



BIBLIOTECA BREVE
EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A.
BARCELONA - CARACAS - MÉXICO

Capítulo Uno

LA EXCURSIÓN

1

LOS GRANDES habían hablado muchísimo de que era absolutamente indispensable partir temprano esa mañana, casi al amanecer, si querían llegar a su destino a una hora que justificara el viaje. Pero los niños se guiñaban un ojo al oírlos, sonriendo sin levantar la cabeza de sus torneos de *bésigue* o de ajedrez que parecían durar todo el verano.

La noche anterior a la excursión que me propongo usar como eje de esta novela, Wenceslao dejó a su madre roncando con el láudano que tomó para poder dormir después de la efervescencia de los preparativos, y se escabulló de su lecho para ir a acurrucarse junto a Melania. Con la voz atenuada para que los lacayos no los sorprendieran hablando después del toque de queda, le apostó una corona a que sus padres, que se complicaban con todo, serían incapaces de partir antes de las once de la mañana, si es que partían, y que tanta exaltación y preámbulo quedarían convertidos en la insoportable retórica con que acostumbraban encubrir sus fracasos. Melania le tironeó los bucles para castigarlo por este irrespetuoso vaticinio: en la intimidad de las sábanas le hubiera gustado reducirlo al llanto para secarle las lágrimas de sus ojos azules con besos, y sus mejillas de muñeca de loza con su trenza negra.

Pero como Wenceslao no cejó ni lloró, a la mañana siguiente Melania no le pagó ni media onza de la

apuesta al comprobar que el pronóstico del niño se cumplía: sonaron las doce antes de que los grandes terminaran de cerrar la historiada cancela de la reja del parque, y de echar llave a esas ventanillas del patio del mercado por donde Casilda, Colomba y el tío Hermógenes solían atender a los nativos desnudos que llegaban equilibrando cestas de fruta sobre la cabeza, cimbrando sartas de pintadas, cargando fardos de láminas de oro, o transportando, colgado de una pértiga suspendida entre los hombros de dos de ellos, un ciervo o un jabalí cazado en la llanura.

Desde dentro del recinto definido por la reja los niños observaron cómo el tío Hermógenes, una vez que se hubo cerciorado de que los cerrojos quedaban bien seguros, distribuyó las llaves en sus bolsillos. Y después que las madres les advirtieron a sus hijos por última vez, con un dedo en alto, que fueran comedidos y cuidaran a los menores, ellas, recogiendo los pliegues espléndidos de sus faldas de viaje, y ellos, haciendo fulgurar el charol de sus botas, subieron a los carruajes que iban partiendo unos en pos de otros seguidos de los vehículos repletos con el vociferante ejército de sirvientes encargados de almohadones y alfombras para reposar bajo los árboles, de administrar la compleja utilería destinada a que los señores mataran el tiempo, y del cocaví que los cocineros tardaron semanas en preparar sudando sobre ollas que exhalaban vahos fragantes de trufas y especias.

Quedaron los treinta y tres primos encerrados en el parque, encaramados en los árboles y asomados a los balcones, agitando pañuelos de despedida mientras los más pequeños mostraban rostros llorosos a través de la empalizada de hierro, observando la cabalgata que al cabo de un rato se perdió entre las gramíneas que ondeaban en el paisaje llano hasta el horizonte.

— ¡BUENO! —exclamó Wenceslao con un suspiro al aparearse de la rodilla de Melania cuando los coches desaparecieron en lontananza.

—Es una suerte que prometieran regresar antes que escurezca —comentó ella intentando asegurarse de esa promesa resultaría infalsificable, y se levantó de la hamaca del balcón desde donde presenciaron la partida.

Mauro extendió sus piernas en la misma hamaca, observando como su prima aupaba a Wenceslao para sentarlo en la mesita de mimbre y dejarlo a una altura conveniente para peinarle los tirabuzones *à l'anglaise*, tal como la tía Balbina se lo encomendó. Alzando el índice igual que las mamás, Melania amonestó al niño:

—No te vayas a mover... —y entró en la casa a calentar la tenaza para rizarlo.

Entonces, con el propósito de hacer añicos el aire de candor con que Mauro había quedado rascándose el acné de los primeros pelos de su barba, Wenceslao le preguntó:

—¿No te parece que toda esta despedida tuvo una apariencia ficticia de lo más sospechosa, como la escena final de una ópera?

—En nuestra vida aquí, todo parece una ópera. ¿De qué te extrañas, entonces?

—Estoy convencido de que partieron con el propósito de no volver nunca más.

—¡Qué opinas tú si no eres más que la *poupée diabolique*!

—Pregúntale a tu Amada Inmortal qué soy —lo retó Wenceslao para que su primo, hoy agitado pese a sus esfuerzos por simular lo contrario, se revelara—. Ella está bien enterada de todo lo referente a mi sexo.

—Mientes, Wenceslao. Y ya nadie cree tus mentiras.

Lo único cierto es que la tonta de tu madre te viste de niña y así debemos tratarte.

—¿Quieres ver lo que soy? Mira —y levantándose las faldas se bajó los calzones de encaje, blandiendo una virilidad respetable para un niño de nueve años—. ¿Te gusta?

—¡Asqueroso! ¡Cúbrete! —exclamó Melania al regresar, probando las tenazas calientes en un trozo de papel que se rizó al chamuscarse—. Somos Ventura, Wenceslao: por lo tanto, nunca debemos olvidar que la apariencia es lo único que no engaña.

Y como Wenceslao no obedeció su orden, ella misma le levantó los calzones, dándole además un pellizco en el trasero que lo inmovilizó en la mesita donde pudo comenzar a peinarlo. Melania, didáctica, prosiguió:

—No debes ser tan tonto, Wenceslao. ¿Cómo puedes creer que son capaces de olvidar sus deberes de padres y dejarnos solos para hacerle frente a la noche y a los antropófagos?

9 años —Queridísima Melania —contestó Wenceslao mientras ella le iba organizando los bucles—, que yo sea tonto es altamente discutible. Lo que en cambio no le parece discutible a nadie es que tú eres, o prefieres parecer, ingenua. Debes ser de los pocos primos en Marulanda que se empecina en seguir confundiendo las convenciones de La Marquesa Salió A Las Cinco con la verdad. Hasta mi buen lugarteniente Amadeo, que es el más pequeño, sabe que sólo en ese juego, cuando tú eres la Amada Inmortal y Mauro el Joven Conde, existen padres solícitos y abnegados.

—No adhiero a tus teorías —respondió Mauro, pero manteniendo la vista fija en la empalizada de hierro que trazaba el contorno del parque, su rostro se fue ensombreciendo mientras el pequeñuelo, tolerando que su

prima lo peinara, agorero continuó:

—No. No volverán. Si el sitio donde fueron de paseo resulta tan portentoso como esperan, no volverán ni hoy ni mañana ni nunca. ¿Para qué van a volver si llevaron naipes y mandolinas con que divertirse, y redes para cazar mariposas y cañas para pescar? ¿Y cometas de tarlatana adornados con madroños para encumbrar si sopla viento propicio? ¿No se llevaron, acaso, todas las armas, todos los vehículos, todos los caballos de la casa? ¿Y a todos los sirvientes para que conserven alrededor de ellos un muro de comodidad del que no son capaces de prescindir ni durante lo que nos aseguran será una sola tarde de paseo? No, primitos míos: no volverán. La verdad, debo repetirla, es que huyeron porque tienen miedo que los antropófagos asalten esta casa.

Al oírlo, Melania maldijo la tenaza que se había enfriado en su mano y así no pudo quemarlo en castigo por ser malo, malo por propagar patrañas de antropófagos y toda suerte de desagradados..., quemarlo en la cabeza, como solía hacerlo vengativa cuando lo peinaba, porque ciertas noches no acudía a su cama por ir a la de otra prima. Wenceslao era suyo y no debía decir ni hacer sino cosas que la complacieran; y Mauro, el Joven Conde destinado a desposarse con la Amada Inmortal, también, aunque de otra manera, era suyo; y también era suyo Juvenal, la Pérfida Marquesa de la fábula, siempre dispuesto a satisfacer sus antojos manifestados con modosa vocecita infantil y con los hoyuelos de su voluntad inquebrantable. Hoy, cuando los grandes no estaban presentes para ayudarla a correr el tupido velo que empleaban para ocultar lo que era más elegante no ver, temió que Wenceslao le revelara a Mauro —y dado que en este día insólito faltaba el velo, a él se le ocurriera por primera vez creerlo— que ella lo hacía acudir a su lecho para entregarse a actividades que no podían ser cen-

ficables en el silencio de las habitaciones donde los niños, con los ojos desorbitados bajo los doseles de seda que protegían sus sueños, se quedaban escandiendo los susurros por si contuvieran amenazas de los antropófagos del presente o del pasado, de la verdad o de la ficción.

Wenceslao terminó su perorata proclamando:

—¡Y a ti, Melania, te comerán la primera! Esas tetas, esas nalgas fastuosas..., los antropófagos te violarán y después de perder tu don máspreciado te comerán viva...

Y Wenceslao hizo un feroz gesto de morder.

—¡Pégale! —mandó Melania a Mauro.

Este, posesionado de su papel de Joven Conde que protege a la Amada Inmortal, aprisionó a Wenceslao y terciándose sobre las rodillas mientras pataleaba y chillaba y llorando prometía que nunca más, ayudado por Melania le subió las faldas, le bajó los calzones, azotándole el trasero infame hasta que le quedó ardiendo.

EL PASEO de los Ventura se llevó a cabo cierto día después de la primera mitad del verano, cuando habitualmente, ahogados en el caserón y en el parque, los ánimos de los treinta y tres primos y los de sus padres comenzaban a deteriorarse con la monotonía del croquet, del descanso en las hamacas, de los crepúsculos magníficos y de las comidas opíparas, sin que quedara nada nuevo que hacer ni que decir. Era la época en que brotaban espontáneamente, como brota la vida en el agua estancada que se pudre, rumores malsanos, por ejemplo, aquel tan desazonante de unos años atrás cuando se dijo que los nativos que trabajaban en las minas de las montañas azules que teñían el horizonte iban cayendo víctimas de una epidemia que dejaría a toda la pobla-

teca" es así, saca Arabela tanta información? ¿Cómo sabe tantas cosas? La respuesta, en su cabeza, tomó la forma de un tropel de otras preguntas inmediatas: ¿pero *es verdad* que sabe tantas cosas? ¿O sólo lo creo yo, que sé muy pocas y lo creen los grandes cuando acuden a consultarla porque les acomoda que las sepa?

La biblioteca de los Ventura, no podía satisfacer los empeños de aprendizaje de nadie, como tampoco los propiciaban los pronunciamientos de los grandes respecto a los libros: "Leer sólo sirve para estropear la vista"; "Los libros son cosas de revolucionarios y de profesorillos pretensivos"; "Mediante los libros nadie puede adquirir la cultura que nuestra exaltada cuna nos proporcionó". Por estas razones prohibían el acceso de los niños a la extensa sala de cuatro pisos guarnecidos con barandas y coronamientos de palisandro. Esta prohibición, sin embargo, no era más que una de las tantas prohibiciones retóricas que se utilizaban para domar a los niños: sabían que detrás de esos miles de lomos de soberbias pastas no existía ni una sola letra de molde. El bisabuelo los mandó construir cuando en un debate del Senado un liberalote de mucho relumbrón lo llamó "ignorante, como todos los de su casta". En revancha, el abuelo empleó un equipo de sabios de la capital, muchos de ellos liberales, para que compilaran una lista de libros y autores que compendiaran todo el saber humano. Se corrió la irrisoria voz de que el abuelo se proponía ilustrarse. Pero lejos de leer nada propuesto por los sabios, mandó fabricar en cuero de la mejor calidad, copiando exaltados modelos franceses, italianos y españoles, paneles que fingieran los lomos de estos libros, grabando en ellos con el oro de sus minas los nombres de obras y autores, y los hizo instalar en la sala que con el objeto de albergarlos acondicionó en Marulanda. Simulando amistad y escarmiento invitó a sus tierras al li-

comer a todos los niños, comenzando por él que era el más gordito.

Una mano brutal, de pronto, enguantada de blanco, saltó de las tinieblas y agarró a Cipriano de una oreja:

—¡Canalla! ¿Qué haces aquí a esta hora? ¿No sabes cuál es el castigo por violar el toque de queda?

Era el Mayordomo, su silueta de enorme alzada reluciendo con los emblemas de su rango y los entorchados de oro que guarnecían su librea, pero conservando el rostro, allá arriba, embozado por la oscuridad.

—¿No lo sabes? —insistió, sacudiendo a Cipriano sin misericordia—. ¿No lo sabes, granuja?

No era cuestión de contestar a esta retórica del suspenso que precedía a la violencia. Después del toque de queda era el Mayordomo, con su tropa de lacayos, quien decidía qué era delito y qué castigo merecía. En sus manos, la justicia —si mis lectores me permiten llamarla así— resultaba imprevisible, ya que ni el Mayordomo ni sus esbirros debían dar cuenta a los Ventura de los detalles de lo que sucedía después del tercer golpe del gong: se les pagaba estupendamente para que mantuvieran el orden..., y el orden, claro, no podía existir si no se cultivaba en los corazones infantiles la imagen de padres amables y serenos. Si la ronda de lacayos estimaba, por ejemplo, que las manos debajo de las sábanas al dormirse era delito porque los niños no deben “tocarse” —vicio inmundo de seguro origen antropófago—, el culpable era arrastrado hasta los sótanos y azotado mientras se lo interrogaba acerca de sus relaciones con los salvajes. Pero los castigos no debían dejar huellas que los niños pudieran mostrar a sus padres para reclamar justicia: cada promoción de lacayos fue perfeccionando asombrosas técnicas de disciplina, temibles látigos de hipócritas puntas de fieltro, esposas de la seda más resbaladiza destinada a amarrar las muñecas por

Cambiar
la cara.

Alusión

El narrador

aparece
con frecuencia

artificios.

Capítulo Dos

LOS NATIVOS

A ESTAS ALTURAS de mi narración, mis lectores quizás estén pensando que no es de “buen gusto” literario que el autor tire a cada rato la manga del que lee para recordarle su presencia, sembrando el texto con comentarios que no pasan de ser informes sobre el transcurso del tiempo o el cambio de escenografía.

Quiero explicar cuanto antes que lo hago con el modesto fin de proponer al público que acepte lo que escribo como un artificio. Al interponerme de vez en cuando en el relato sólo deseo recordarle al lector su distancia con el material de esta novela, que quiero conservar como objeto mío, mostrado, exhibido, nunca entregado para que el lector confunda su propia experiencia con él. Si logro que el público acepte las manipulaciones del autor, reconocerá no sólo esta distancia, sino también que las viejas maquinarias narrativas, hoy en descrédito, quizás puedan dar resultados tan sustanciosos como los que dan las convenciones disimuladas por el “buen gusto” con su escondido arsenal de artificios. La síntesis efectuada al leer esta novela —aludo al área donde permito que se unifiquen las imaginaciones del lector y del escritor— no debe ser la simulación de un área real, sino que debe efectuarse en un área en que la *apariencia* de lo real sea constantemente aceptada como apariencia, con una autoridad propia muy distinta a la de la novela que aspira a crear, por medio de la verosi-

de Wenceslao al recordarlas repentinamente, con el ímpetu de una catarata, cinco años más tarde, cuando él se dio cuenta de que los nativos engalanados los estaban cercando mucho antes que los demás primos los vieran.

Pero Wenceslao nunca pudo olvidar el menor detalle de los siguientes acontecimientos de ese día, a partir de cierto momento en que al salir de los pasadizos subterráneos lo vio todo desde una roca situada al borde del riachuelo, junto a la explanada de arena blanca, donde se sentaron él, su padre, su madre y sus hermanas. Un semicírculo de chozas construidas con gramíneas secas limitaban la explanada. Los nativos desnudos fueron saliendo del agua, ordenándose en formaciones curvas como hoz junto a hoz, de hombres, mujeres y niños con los brazos alzados como en una cenefa, dotándolos de vaivén, y remedando y confundiendo, primero, sus voces con el murmullo de las gramíneas, pero elevándolas pronto hasta conquistarlo. Los nativos eran ahora una raza fuerte, sana, salud que en cierta medida le debían a la ciencia de Adriano, luciéndose en la ceremonia de su cumpleaños para agradecerse con la espontaneidad que agradecían al frío anual que despejara la ahogante niebla de vilanos.

Las filas se dispersaron, dejando una sola hoz de hombres balanceándose con los brazos en alto. Las ancianas alimentaban el fuego de un horno de barro en forma de cúpula mientras las vírgenes limpiaban una mesa de madera desbastada. Los hombres, cimbrándose en el aire rojizo del amanecer como por virtud del viento, fueron cerrando el semicírculo de cuerpos desnudos alrededor del horno, de la mesa, de la roca donde Adriano y su familia se hallaban entronizados. De pronto la fila de cuerpos se dividió para dejar salir a la arena, a toda carrera, a un descomunal cerdo blanco, una bestia mansa y desconcertada que se detuvo en el

medio del redondel husmeando el suelo y rascándose el lomo contra la pata de la mesa. Antes que nadie pudiera impedirselo, Wenceslao saltó de la roca a la arena.

—¡Hijo mío! —gritó Balbina.

—Déjalo —le recomendó Adriano—. No le pasará nada.

—¿No nos pasará nada? —preguntaron Aída y Mignon al unísono.

—No —repuso Adriano ignorando las protestas de Balbina.

—Vamos —dijeron ellas.

—Se ensuciarán —se quejó Balbina—. Debí haberles puesto sus vestiditos de marinero azules, que resisten mejor el polvo, aunque debo reconocer que son más calurosos.

Los niños, que parecían tres niñas vestidas de blanco, una de bucles de oro peinados *à l'anglaise*, otra de cráneo mondo y lirondo, la otra con sus ralos pelos color topo desordenados por la brisa, jugaban con el cerdo. Wenceslao montó en él como en una cabalgadura.

—¡Te van a matar! —lo amenazaba—. ¡Te van a matar!

Aída intentó desenroscarle la cola y entre chillidos de risa Mignon le tironeaba las orejas. Exclamaban:

—¡Tienes los minutos contados!

—¡Somos antropófagos y te vamos a comer!

En el fondo de la hoz de danzantes, cerca del horno que ardía, un nativo gigantesco armado con un punzón se colocó detrás de la mesa. Los niños, despavoridos, huyeron para trepar a la roca junto a sus padres. El gigante golpeó una vez la mesa con la palma de la mano abierta. Obedeciéndolo, se hizo silencio y cesaron los movimientos. El gigante alzó el punzón: era la señal. De los cuatro puntos cardinales aparecieron cuatro nativos

preparé otro festín, sólo para ti y para mí.

Mignon, en ese momento, contenía una incandescencia tan inexplicable en esta niña con aspecto de roedor disfrazado de marinero veraniego, que Adriano casi pudo quererla. Le dijo:

—Sí, hija mía. Quiero probar lo que me has preparado.

Iban llegando a la cocina después de cruzar el espacio sacramental de las bóvedas. Mignon volvió a mirar muy fijo a su padre:

—¿De veras, papá? No me ofenderé si no comes, es sólo un juego.

Ella esperó para que él la obligara, para que la culpa de todo lo que iba a suceder fuera suya, su destino libremente asumido, de su propia elección. Adriano respondió riendo:

—Se me hace agua la boca.

Mignon abrió de golpe la puerta del horno. Adentro, en ese infierno, el rostro de Aída reía la tremenda carcajada de la manzana forzada dentro de la boca, la frente engalanada con perejiles y laureles y rodajas de zanahoria y limón como para día de carnaval, apetitosa durante una fracción de segundo: horrenda inmediatamente después, el mundo entero horrendo, sí, el infierno mismo..., con una patada feroz Adriano cerró la puerta del horno y su fusta laceró el rostro de Mignon, su propio alarido de dolor confundido con el de su hija que huyó a la montaña de leña porque sus ojos enceguecidos de pavor no podían guiarla hasta la puerta de salida, aullando, perseguida, azotada por Adriano que aullaba, las manos de Wenceslao tratando de sujetar a su padre, mientras en el horno seguía dorándose la cabeza succulenta de Aída que lo llenaba todo con su aroma festivo y pérfido. Adriano acorraló a Mignon, pegándole con la empuñadura de oro de su fusta. Pero la niña en-

Balbina dejaba caer el cisne cargado de polvos, escuchando:

—¿Quién será? —decía como preguntándose a sí misma.

—¿Quién, mamá?

—Ese hombre que grita.

—Nadie grita, mamá.

—¿No?

—Yo no oigo nada.

—Serán los niños jugando en el parque.

—O los pavos reales.

—Seguramente.

Balbina se ponía a lloriquear:

—¿Qué pasa, mamá?

—No quieren que te lleve al paseo.

—¿Por qué?

—Porque son antipáticos.

—Pero trata de explicarme por qué no quieren que me lleves.

—Porque no debe haber ninguna entre nosotras que tenga privilegios: las leyes, cuando son parejas, eso dicen, no son duras. Si yo te llevara a ti, Adelaida tendría derecho a llevar a Cirilo, Lidia a Amadeo, Berenice a Clemente, Celeste a Avelino, Ludmila a Olimpia, y Eulalia a Zoé, y dicen que entonces las cosas se complicarían. Se quedarán ustedes, los treinta y cinco primos aquí en la casa...

—¿Treinta y cuántos, mamá?

—Y cinco. ¿Por qué?

—Me confundo. Soy pequeño y no sé contar.

—¿Me prestas tu red para cazar mariposas?

—No tengo.

—¿Por qué no tienes?

—No me interesa cazar mariposas.

—Eres raro..., raro como...

—¿Cómo quién, mamá?

—¿Qué dices?

Wenceslao titubeó medio segundo para elegir su respuesta:

—Que no tengo red.

—¡Qué lástima! Hubiera cazado mariposas más lindas, de esas que tienen las alas irisadas, para secarlas en cajas con tapa de cristal y luego, cuando celebramos tu cumpleaños, te las prendería en tus rizos. Y si me hubieran permitido llevarte las hubiéramos cazado juntos para clavarlas vivas en tus cabellos y verlas aletear hasta morir. Pero son unos antipáticos y no me dejan llevarte.

Los ojos de Wenceslao destellaron. Había temido que a último momento, en consideración por la “tragedia” de Balbina, hubieran acordado hacer una excepción en su caso. Pero no cedieron. Las leyes inflexibles, dijeron, las que no consideran cada caso en particular sino el principio puro, eran las que estabilizan las instituciones. Adriano gritó en su torre. Desde los cojines de la *chaise-longue* donde su madre lo tenía reclinado, como una de esas muñecas decorativas que estaban de moda, Wenceslao por fin osó preguntarle aquello que quería averiguar desde hacía tantos días, y que, aunque Amadeo y sus espías estaban alerta escuchando la conversación de los grandes desde detrás de los arbustos y debajo de las faldas de las mesas, nadie había logrado confirmar:

—¿Y a él lo llevarán, mamá?

—¿A quién, hijo?

¿Cómo preguntárselo? ¿Cómo pronunciar ese nombre ante ella? Se arrepintió:

—A Amadeo —repuso.

—Está de comérselo a besos ese niño..., exquisito, realmente, una verdadera monada...

Pero todas las mujeres decían lo mismo de todos los

medio punto cuando Adelaida, sin ningún tino, contestó que no estaba en casa al ver el coche de una extranjera hinchada con el error de su propia importancia deteniéndose ante su puerta. A raíz de esto, en el Café de la Parroquia, el marido de la dama rechazada circuló el rumor de que en Marulanda se había producido un levantamiento de antropófagos, siendo, por lo tanto, peligrosísimo invertir dinero con los Ventura. Susurró que éstos, lejos de haber sometido a los salvajes, podían ser agentes suyos. Ni Hermógenes ni Silvestre fueron capaces de detener el absurdo rumor, que no por absurdo dejaba de ser perjudicial. Silvestre, entonces, se enfrentó con Adelaida, aclarándole la posición de dependencia de la familia con respecto a los extranjeros, verdad que la hermana mayor se negó a aceptar: los Ventura, declaró ella, no dependían de nadie. Que Silvestre no fuera vulgar al ir propagando el tópico de que "los tiempos estaban cambiando" para justificar su servilismo. Que no les ladrara como faldero a esos mercachifles. ¡Si hasta sus hijos se estaban contagiando con su manía extranjerizante! Su primogénito, Mauro, osaba decir que iba a *estudiar* para ser ingeniero. ¿Quién le había metido en la cabeza la idea que sería necesario que un Ventura estudiara para ser lo que quería ser? Francamente, ella lo encontraba peligroso. Y con el fin de mostrar su desaprobación le cerró durante una temporada la puerta de su casa a Mauro cuando acudía a visitar a Melania, de modo que estos dos, fuera de hablar de vez en cuando por los balcones, tuvieron que esperar el regreso a Marulanda para reanudar sus pláticas.

Silvestre comprendió que era necesario detener instantáneamente los rumores que ligaban el nombre de la familia con la antropofagia. Debía reparar el desaire de Adelaida a la extranjera. Le imploró, entonces, a Berenice que tomara la iniciativa de invitarla a que la acom-

rza del sur crecía como una marea, derramándose escalinatas abajo. Seguido por su pelotón, Wenceslao cruzó el césped y se internó en la llanura de gramíneas que se cimbraban sobre sus cabezas, revelando, apenas, las puntas doradas del desfile de lanzas. Después de dejarlos marchar un rato jugando a los soldados, Wenceslao los hizo sentarse en un círculo alrededor suyo.

—No tengan miedo —les dijo—. Los antropófagos no existen, de modo que no hay nada que temer. Son una ficción con que los grandes pretenden dominarnos cultivando en nosotros ese miedo que ellos llaman orden. Los nativos son buenos, amigos míos y de mi padre, y también de ustedes.

Wenceslao comenzó a relatarles la historia de la reja de las lanzas, que sus catecúmenos escucharon como quien escucha portentos de leyenda: hacía años que los nativos habían soltado las lanzas, dejando treinta y tres en su sitio, una para cada uno de los primos en señal de alianza. Ellos tenían que ejecutar parte del trabajo, sumarse al esfuerzo colectivo para poder ser amigos, y ese trabajo lo hicieron por ellos sus primos, Mauro, Valerio, Alamiro y Clemente. Hacía muchas, muchas generaciones, continuó Wenceslao, que los antepasados de los nativos habían forjado esas lanzas: eran las armas de sus guerreros, famosos en todo el continente. Pero cuando los antepasados Ventura los vencieron les arrebataron sus armas, con las que construyeron la reja que los defendía y aislaba.

De pronto Wenceslao calló: escondidos entre las gramíneas, los primos mayores se habían aprovechado de que sus explicaciones mantenían absortos a los pequeños y fueron cercándolos. Gritó:

—¡A mí, secuaces! ¡Ahora el peligro es real porque los primos grandes son los delegados de nuestros padres e intentarán someternos! ¡Ponerse de rodillas en círculo

complementada por los Estudios Trascendentales de Liszt?

—Sí, Juvenal —rogaron otros—. Toca algo...

Juvenal accedió, pero a condición de que su madre guardara sus labores, ya que sentirla atareada con la aguja lo perturbaba. Envolviendo el bordado en un retazo de tafetán para que nadie descubriera sus garabatos de seda en el cañamazo —debo adelantar a mis lectores que Morgana se encargaba de deshacerlos durante la noche, cuando reconstituía el bordado para que a la mañana siguiente la familia pudiera admirar los refinamientos de la aguja de su madre—, Celeste plegó sus manos sobre su falda y cerró sus ojos para que nada la distrajera de la música.

CON LOS OJOS cerrados para descansarlos del *petit point*, escucho a mi hijo tocando Liszt. Mantengo mi pequeña cabeza erguida, vigilante igual que la de una víbora. No veo la mirada con que Olegario hiere mi cuello, pero no necesito verla porque después de tantos años de ejercer la ceguera me basta que su voracidad me roce para sentir su quemadura. ¿Dónde está Melania? ¿Por qué no acude esta noche? Melania neutraliza el apetito de Olegario porque es capaz de desviarlo hacia ella por lo menos en parte. ¿Cuándo aprenderá mi ahijada las lecciones que le doy para que se adueñe de su corazón, víscera que poseo pero que no me interesa en absoluto? Melania es voluntariosa, apasionada: al no lograr lo que quiere mediante sus mimos —que Olegario finja una enfermedad para no ir al paseo y se quede aquí con ella— se está vengando con la minúscula rebeldía de no asistir esta noche al gabinete de los moros. Melania no ha llegado a la madurez suficiente para comprender que sólo cuando se maniobran las situaciones se puede

Juvenal termine los Estudios Trascendentales y Olegario regrese al gabinete de los moros a quemarme otra vez el cuello? No, Melania, no te voy a castigar por tu fracaso de retener a Olegario, me puedes servir durante cualquier otra forma de eternidad. Todo, dicen, termina alguna vez. Todo, menos mi propio infierno donde el recuerdo de los colores y las superficies comienza a extinguirse pese a mi desgarrada lucha por retenerlo.

CUANDO Adriano Gomara descubrió el secreto de la ceguera de Celeste se sintió un poco ridículo. Era a Celeste, la autoridad familiar, a quien solía pedirle su parecer sobre cierto cuadro, o sobre un *putto* de Clodion recién adquirido. Celeste se tomaba del brazo que Adriano galantemente le ofrecía para conducirla ante la obra de arte, y absorta en su "contemplación" durante unos segundos emitía un juicio negativo: sabía, como buena Ventura, que toda autoridad emana de la negación; que sólo quien posee referencias inaccesibles para el otro es superior. Dejaba, entonces, que Adriano, inseguro con respecto al pequeño bronce, se lo describiera sin darse cuenta que lo hacía al intentar justificarlo. Luego, Celeste, apoyándose en los datos que la defensa de su interlocutor le proporcionaba iba elaborando detalles, críticas, juicios acertadísimos. Hasta que un buen día a Adriano se le reveló entera la ceguez de Celeste cuando frente a un muro de seda color perla afirmó que era color manzana. Fue tal el asombro de Adriano ante tamaño error que no se atrevió a discutirlo. Pero el hecho mismo de no discutirlo fue justamente lo que lo atrapó, iniciándolo en la conjura familiar que erigía la farsa del buen gusto de Celeste en poder, en visión válida. Adriano, a raíz de esto, se dio cuenta de que la nueva decoración de su casa en la ciudad —emprendida

con el asesoramiento de Celeste ya que Balbina era demasiado perezosa para hacerlo— resultaba ser la obra de una ciega, de armonía teórica, abstracta, fruto de la imaginación, de la memoria desesperada, de formas y colores seleccionados por otras facultades —quizás por la inteligencia pura— pero carentes de toda relación con el regocijo sensorial: el asombro de Adriano lo hizo sentir una suerte de profunda veneración o temor ante la coherencia con que Celeste hacía encajar la mentira en un mundo convencionalizado con acierto.

EN EL INFIERNO de una simple excursión que puede durar eternamente ¿seré capaz de seguir ejerciendo la humillación diaria de obligar a Olegario a elegir y preparar los refinadísimos atuendos que me caracterizan aún más que mi ceguera? Sólo eso, seleccionar, preparar, elegir mis vestidos, ser mi instrumento en ésta, la única función de mi vida que me completa, le da acceso a mi cuerpo. ¿O eliminando este trámite con el aislamiento prolongado que comenzará quizá mañana debo presuponer una reversión al salvajismo de todos nosotros, en que ninguno de estos ejercicios civilizados perduren, y sólo quede el brutal asalto diario idéntico al primer día? Si Juvenal no estuviera ejecutando el Vals Mefisto, todos en silencio, todo en orden, los ventanales abiertos al parque que ya dije era trémulo, yo gritaría de miedo ante esta perspectiva. Tengo un *chiffonnier* de palo de rosa que contiene todos mis guantes, miles de pares de los matices más tiernos: bajo mi vigilancia, Olegario pasó la tarde de hoy ordenándolos, par por par, describiéndome color por color y guante por guante para que yo le indicara junto a cuál clasificarlo y en qué cajón, de modo que conozco el contenido completo de mi *chiffonnier*. Me llevaré mi *chiffonnier*. Así, en

Adriano se quedó cavilando, la vista en el techo, las manos cruzadas bajo la cabeza en la almohada, sintiendo como la tibieza exquisita de la noche de Marulanda vagaba sobre su cuerpo desnudo. Se dibujó una sonrisa en sus labios musculosos que comenzaron a borbotear con una risita que, por fin, despertando a Balbina que también desnuda dormía a su lado, se transformó en carcajada.

—¿De qué te ríes, tonto?

Cuando Adriano pudo controlarse explicó:

—Me parece tan insoportablemente cómico pensar que Olegario, con sus cejas de moro y sus tamañas manos velludas cargadas de anillos, elige tules y flores... y luego en el paseo, apretando sus botas de charol para dominar su garañón encabritado al pavonearse como un chulo ante las hembras más vulgares de la ciudad..., bueno..., es cómico. Y también terrible. Uno de estos días se volverá loco.

Pero fue él, no Olegario, el que se volvió loco.

UN AIRE ENDIABLADO que nada agita circula por el gabinete de los moros: Mefisto baila entre nosotros, que estamos a punto de emprender el viaje. Nadie, ni niños ni grandes, dormirá esta noche pensando en el tiempo anómalo que mañana se inaugura, propicio para las violencias y las venganzas. Me tendré que vengar diariamente de él para mantenerlo a raya. Suele sentir derecho sobre mí debido al triunfo alcanzado por alguna de las *toilettes* concertadas por él, lo que debía darle, piensa, acceso perpetuo a mi cuerpo. Afortunadamente estos triunfos han sido verdaderamente bullados sólo cinco veces. Tuve que poner mi cuerpo en sus manos cinco veces, al publicarse poemas que escritores que desde sus heladas buhardillas oyeron la leyenda de mi elegancia le

—Porque mañana será un día distinto. En todo caso, su señora madre, en el gabinete de los moros, le pidió que se arropara. ¿No cree aconsejable obedecer, aunque usted ya sea grande y pueda reinventar todas las reglas? Si yo no hubiera llegado a tiempo —mintió el Mayordomo, cuya aparición, Juvenal estaba seguro, fue parte de un plan—, estos brutos incapaces de pensar en otra cosa... ¿Qué le estaban haciendo?

Si el odio de Juvenal por el Mayordomo —por todos los traidores Mayordomos que todos los años, desde su infancia, lo habían sometido a encierros y palizas por sus inclinaciones— era antes grande, ahora, al frustrarlo arrebatándole el castigo del que lo iban a hacer víctima, lo odió, si eso fuera posible, aún más. *Traditore*. Sin embargo, representaba el orden de la casa. Y como Juvenal no ignoraba que una falla en la forma era más grave que cualquier otra falla, respondió seguro:

—Me estaban tuteando...

El Mayordomo, con una especie de rugido que lo hizo hincharse, se alzó hasta más de la medida completa de su altura, y su voz, hasta ahora pura seda, retumbó en el salón:

—¿Tuteándolo?

—Tuteándome.

—Serán severísimamente castigados —aseguró el Mayordomo agobiado por la indisciplina de sus subalternos—. Aquí no ha pasado nada: le ruego que corramos un tupido velo sobre la vergüenza de los acontecimientos recientes. Se trata de una transgresión, apenas, del toque de queda por parte del señor Justiniano que tiene menos de diecisiete años. Hay que llevarlo a su cama sin que nadie vea su estado y así no cause pena a sus padres que tanto lo aman. Ustedes dos..., el de la pluma encarnada y el de los zapatos con hebilla..., llévenselo para que nada perturbe esta última noche en

El desastre de la reja, que interpretó como sólo un espejismo de libertad, le servía a ella para desviar la atención de sus primos, encubriendo sus propias actividades. Las convicciones proclamadas por Wenceslao, además, le parecieron típicas de la ingenuidad de sus pares: ella *sabía* que los grandes tenían que regresar antes que se pusiera el sol. ¿Cómo pensar de otra manera si habían dejado el oro en Marulanda? Bóvedas y bóvedas de esos fardos grisáceos que disfrazaban el fulgor amarillo de las láminas, robando hasta la experiencia cromática a sus ojos. El desprecio de Casilda por sus primos, incapaces de sentir el sortilegio del místico metal, la hizo despachar el asunto de las lanzas como un episodio sin importancia. ¿Cómo pensar que los grandes, abandonándolos, podrían juzgar que sus propios placeres eran más trascendentes que el oro? Su padre le había inculcado desde pequeña que siquiera imaginar semejante opción era impensable porque los Ventura jamás emprenderían nada que le restara valor a su oro. Hacerlo sería apostatar de las creencias esenciales de la familia. No: iban a regresar en unas cuantas horas más.

Por eso su propia prisa y la de Fabio. La noticia de que el tío Adriano se preparaba para bajar, en cambio, proponía un peligro real. No porque Casilda temiera a un loco, sino porque un grande, por muy loco que fuera, primero que nada bajaría al despacho de Hermógenes a incautarse del oro. La anunciada aparición del tío Adriano cambiaba sus actividades sólo acelerándolas.

Con un gesto le indicó a Higinio que la siguiera. Este, preparándose para encarnar el hermano mayor de la Amada Inmortal, se resistió. Casilda, entonces, le habló al oído a Zoé, que, sin abrir la boca porque la tenía llena de golosinas, asintió con la cabeza. Se deslizó hasta donde Higinio consultaba con Juvenal: ¿un gabán de

—¿Yo?

—Tú. Tú no...

—¿No qué, padre?

Casilda se ahogaba con la fuerza que sentía emanando de ese volumen gigantesco que casi tocaba su espalda inclinada. Bruscamente, la mano de Hermógenes cayó como una tenaza sobre el cuello de Casilda como si quisiera quebrárselo. Fue tan breve el apretón que, aunque brutal, Casilda no alcanzó a sentir verdadero dolor: sólo sintió que su corazón se encogía, hinchándose luego en una diástole que la llenó de fuego en cuanto la garra del padre, sin completar su indudable designio criminal, la soltó: permaneció sólo el gesto como lenguaje tan elocuente que nada había que agregarle. Incluso completarlo lo hubiera debilitado. Casilda dijo, todavía sin darse vuelta y usando todo su control para no huir despavorida:

—¡Qué fuerza tiene, padre!

—No tanta como ellos...

Hermógenes no necesitaba explicarle a su hija quiénes eran “ellos”, ni ella lo requería, puesto que la presencia de “ellos” repletaba el despacho, determinando las acciones y contestaciones de padre e hija. Y ambos sabían todo lo que el otro sabía porque la violencia precipitada por “ellos” logró una iractura momentánea por la que ambos lograron comunicarse.

—No —prosiguió Hermógenes—. Sumisos no. Inolvidable el odio de sus ojos cuando visitamos las minas de las montañas azules este verano. No celebraron nuestra llegada. Preguntaron por Adriano Gomara, lo que es pésima señal. Las mujeres no hacen casi nada. Los niños son unos holgazanes que se niegan a aprender el oficio de sus padres. Dicen que algunos jóvenes emigran a las ciudades de la costa y luego regresan para llevarse a sus parientes. Aprenden vicios, el peor de los cuales es ad-

p. 75 =
la casa

Hay un pasado
remido (p. 130)

el trompe - l'oeil

p. 159

p. 162. el Mayor como

los grandes no fueron el
pulzador. Partieron de Vicuña
y regresaron (al lugar donde
tenían el oro).
tío Adriano: el grande que

Viñes a Beute.
La señora